

alto llevó consigo *como en triunfo* una grande multitud de cautivos.... ¿Mas porqué se dice, pregunta el apóstol, que subió, sino porqué antes habia descendido á los lugares mas ínfimos de la tierra? El que descendió, ese mismo es el que ascendió.... para dar cumplimiento á todas las cosas.» Sí, cristianos, se cumplieron todas las cosas, que los profetas predigieron del Señor, y á cumplirlas todas subió Jesucristo Redentor nuestro á Jerusalem como por el camino se lo iba diciendo él mismo á sus discípulos en el tiempo que nos refiere el Evangelio; (*aquí el orador si las circunstancias lo permiten, podrá etc.*), y todo lo cumplió Jesus; padeció y murió afrentosamente en una cruz; su alma descendió á los infiernos y su cuerpo quedó sepultado, segun ya lo habeis oido.

Ahora bien, católicos, ¿será prudente, será razonable, será justo que nos contentemos con ser meros admiradores de lo que Jesucristo padeció é hizo por nuestro amor? ¿Qué se propuso el Señor con padecer y morir por nosotros? ¿No fué el reconciliarnos con el eterno Padre, franquearnos las puertas del cielo, y á costa de su preciosísima sangre proporcionarnos una felicidad completísima? ¿Quién hay que pueda dudar de esta verdad? Con fundamento, nadie ciertamente. Pero es preciso no olvidar, lo que Jesus exige de nosotros para que su muerte y pasión no sean estériles é infructuosas para los que en él creemos. Nos manda que le amemos, y unos á otros nos amemos tambien. Por signo de su amor nos señala el fiel cumplimiento de la ley divina, de modo que aquel que la divina ley observa, es el verdadero amante de Jesus, y quien así obra, es querido, es amado, es.... Jesus se identifica en cierto modo con él y le hace una misma cosa consigo. Como estoy yo en tí, decia Jesus á su Padre celestial, y tú en mí, así sean los que me aman una misma cosa con nosotros. ¿Puede llegar á mas el amor tiernísimo de Jesus para con nosotros? No por cierto. Pues amémosle tambien nosotros á él.

Sí, cristianos: démosle pruebas inequívocas de que le amamos por medio de una vida ajustada al Evangelio. Si como miserables pecadores hemos caido, medios nos quedó Jesus para levantarnos y hacernos justos. Eficacísimos son para esto los Sacramentos que instituyó, y para así justificarnos y fortalecernos derramó sangre y agua muerto ya en el madero santo. Sí: clamemos con el ciego que nos refiere el Evangelio y digamos: Jesus, hijo de David, *amabilísimo Redentor nuestro*, tén piedad de nosotros. Que, como entonces, prontos tiene tambien ahora sus oidos para escuchar y atender á nuestros clamores, y lleno, como siempre, de misericordia, nos preguntará compasivo: ¿Qué quereis que os haga? Señor, debemos responder nosotros, queremos tener vista, queremos estar siempre en vuestra presencia para veros, y viéndoos, amaros y bende-

ciros. Pues ved, nos dirá indudablemente el amantísimo Jesus, y añadirá: vuestra fé viva, por amarme como yo os amo, por corresponder cual debiais á mi amor, os ha salvado. Al instante que Jesus nos diga esto, veremos, y le seguiremos y acompañaremos siempre celebrando las grandezas del Dios en la gloria. *Amen.*

